



HAREL
FARFÁN
MEJÍA

EL ABOGADO
DEL
NARCO

B



HAREL FARFÁN MEJÍA

EL ABOGADO
DEL
NARCO



EDICIONES B

MÉXICO · BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS
MADRID · MONTEVIDEO · MIAMI · SANTIAGO DE CHILE

El abogado del narco

Primera edición, septiembre de 2012

D. R. © 2012, Harel Farfán Mejía

D. R. © 2012, Ediciones B México, s. A. de
C.V.

Bradley 52, Anzures DF-11590,
MÉXICO
www.edicionesb.mx
editorial@edicionesb.com

ISBN 978 - 607 - 480 - 388 - 4

Hecho en México | *Maded in Mexico*

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

ADVERTENCIA: Aunque en esta novela se usan nombres reales. Todo es una invención del autor.

*A doña Catalina Mejía Mancera
Siempre*

I

TRAS AVENTAR EL PERIÓDICO al asiento, Lorenzana metió su mano en la bolsa del saco en busca de su encendedor. Al tenerlo entre sus dedos, recargó la cabeza en el asiento de piel y encendió el Cohiba que, minutos antes, había abandonado entre sus pálidos dientes.

Rodeado por el humo que viajaba en dirección al parabrisas, su mirada se fijó en las luces digitales que indicaban en el tablero, del Mercedes S500, la una de la tarde. Enterado del tiempo que había transcurrido desde su llegada, colocó el habano en el cenicero y marcó la clave Z-3: llevaba ciento veinte minutos estacionado frente a la reja del Servicio Médico Forense (SEMEFO) esperando que Luis Del Valle, su secretario, saliera con el oficio que posponía la autopsia de su amigo.

—¿Qué te contestó el C.H., Benjamín?, ¿cuánto nos cobrará por cargarse al pinche diputado?

—Aún no sé, Pepe. El cabrón anda bien pirado por la coca y así no se puede hablar con él.

—¡No me digas, compadre! ¡Vale madre con ese cabrón! Oye, un favor, en cuanto sepas algo avísame al radio inmediatamente. Me urge finiquitar ese asunto esta semana.

Molesto por la situación, en cuanto colgó Lorenzana le dio un corto empujón al respaldo del asiento y respiró profundamente. Percibía que la mala suerte no lo abandonaba y aceptó finalmente que era momento de utilizar el As de su baraja. Tomando la agenda electrónica, que reposaba a un costado de su pierna, buscó en la letra G el nuevo número telefónico de su amigo; por extraña coincidencia, en ese momento su secretario se acercaba portando un sobre de color amarillo.

Parado a un costado del auto Del Valle intentó abrir la puerta pero no lo consiguió, como respuesta, su jefe bajó el vidrio creando una rendija por dónde su hombre pudiera introducir el sobre. Acostumbrado a ese tipo de acciones, Luis filtró la información y atravesó la calle en donde lo aguardaba Julio, su guardaespaldas. Rehusándose a ver el rumbo tomaba la camioneta de su secretario, el abogado estiró el brazo y tomó el sobre del asiento; en un descuido, miró de reojo la fotografía del diario y apretó los dientes al leer parte de la nota periodística fechada al 5 de julio de 1997.

Doña Aurora Fuentes López sacude la reja del SEMEFO exigiendo la entrega del cuerpo de su hijo, mientras su abogado... ¡José Ángel López Lorenzana! Intenta conseguir un amparo que obligue a las autoridades a regresar el cuerpo de...

Con nulos deseos para seguir leyendo, Lorenzana quitó la mirada del periódico y metió dos dedos al sobre. ¿Sólo una hoja? se dijo y sin perder tiempo revisó el texto un par de veces, satisfecho del contenido apagó el puro.

II

CON EL OFICIO GUARDADO en el portafolio, Lorenzana se dedicó a observar el movimiento vertiginoso de la ciudad; a cada metro que el automóvil avanzaba, quería encontrar en aquellos escenarios rutinarios imágenes que distrajeran su mente. Para su mala suerte, al pasar frente al Museo del Niño un espectacular, ostentando un llamativo anuncio de la Procuraduría General de la República (PGR), le recordó que debía realizar la llamada pactada.

Una vez más, el abogado no tuvo suerte, ya que el secretario particular de Nicolás Villalobos Cornejo, subprocurador de la República, le comunicó que su jefe se encontraba en audiencia con el presidente y el procurador. Dejando fragmentos de hule en el asfalto, Agustín, el chofer, tomó la avenida Reforma, a la altura del Hard Rock Café, y bajó la velocidad. Se encontraban a escasos tres kilómetros del lugar donde se llevaría a cabo la cita y no arribarían al lujoso restaurante hasta que la *Avanzada* se comunicara con ellos.

Aprovechando que contaba con algunos minutos para descansar, Lorenzana cerró los ojos pero diversas imágenes acecharon su pensamiento, una en particular lo alteró: observó su cuerpo sentado y con un balazo en la cabeza. Para

su consuelo, en medio de ese transitar entre la vigilia y el sueño, el celular sonó.

—¿Bueno?

—¡Qué pasó, Pepe! ¿Para qué soy bueno?

—¡Licenciado Villalobos! ¿Qué me cuentas?

—¡Nada, nada! Dime, ¿en qué te puedo ayudar?

—Pues, antes que otra cosa, quiero agradecerte el apoyo que me brindaste y...

—¡No hay porque hacerlo, Pepe! Para eso estamos los amigos, ¿no?

—¡Eso no se cuestiona, licenciado! ¡Oye! Podríamos vernos en el bar del Hotel Camino Real a las siete. Me urge tratar algo contigo.

—¡Uy! Me gustaría, pero fíjate que lo de Amado me tiene hasta la madre de trabajo y...

—¡Hombre, licenciado! Sí el favor que te quiero pedir, nuevamente, es sobre ese asunto.

—¿Qué? —el tono seco y cortante que empleó Villalobos al responder, hizo entender al abogado su posición y dio un paso para atrás.

—Nada que no sepas, licenciado. Necesito que las autoridades me regresen el cuerpo de Amado y quiero que me averigües cuánto vale este favor para tu jefe.

—Ahora caigo, me imagino que Vicente te estará chingando con ese asunto después de lo que pasó en el hospital.

—Algo así. Entonces, ¿me ayudarás con tu jefe o no?

—¡Uta! Para serte franco Lorenzo es bien cerrado en estos asuntos, así que... Mmm, ¡mira!, para que no digas que no soy amigo dame unos diez minutos y márcame. Espero que para entonces ya pueda decirte qué me contestó —una vez más en las palabras del subprocurador se advertía más que una amistad un compromiso, y el abogado sonrió.

—En diez minutos te marco y... ¡Oye! Antes que se me olvide te quiero preguntar si está completo el dinero.

—Está completo, abogado.

En cuanto colgó el subprocurador una enorme ola de coraje invadió a Lorenzana quien revisó, mentalmente, el

trato hecho con Villalobos Cornejo:

Antes de cerrar el asunto hablé con el Viceroy sobre la cantidad que nos solicitaban y él aceptó pagar. Pero qué otra le quedaba, si Nicolás toma las decisiones en vez del procurador quien no tiene ni la chingada idea de cómo organizar el combate contra la delincuencia en este país. Lo mejor era cerrar el negocio rápidamente antes que los del SEMEFO realizarán la autopsia de Amado.

III

LA VOZ DEL LÍDER de la *Avanzada*, notificando su arribo al restaurante, interrumpió el pensamiento de Lorenzana, quien escuchó que la escolta personal de doña Aurora se encontraba en el lugar.

—¿Quién está al frente del primer equipo, Agustín? —preguntó el Abogado al saber que cincuenta pistoleros, armados hasta los dientes, rodeaban la antigua casona transformada en restaurante.

—Manuel Caño, señor. Un bato que es *gabacho*.

—¿*Gabacho*?

—Sí, es el tipo que la Española le mandó apenas —al escuchar el apodo de Verónica Medina, Lorenzana se acordó de la llamada realizada a su amiga.

—Y, ¿por qué dices que es *gabacho*?

—Pos, la verdad no sé. Así le dicen los muchachos, pero, ¡qué más da de dónde sea, patrón! —originado por la pueblerina respuesta de su chofer, el abogado movió la cabeza en señal de incredulidad y miró como el automóvil tomaba la vereda que lo conducía al restaurante El Lago.

Respirando los pinos enanos que adornaban el camino de arcilla y cemento, Lorenzana levantó el teléfono y dudó.

Sabía que el momento de llamar al subprocurador había llegado.

—¿Qué noticias me tienes, Villalobos?

—¡Malas! Sobre el tema de Amado estoy atado de manos y, ¡para acabarla de chingar! Lorenzo salió a una cita.

—Ni qué decirte, licenciado. Las cosas son así y ni modo.

—¡Pues, sí! Ojalá pudiera ayudarte pero...

¡Puras pendejadas se inventa este hijo de la chingada para justificar sus mentiras! Se oiría más creíble si me dijera que los gringos no les permiten entregar el cuerpo, por lo menos, no me sentiría ofendido en mi inteligencia, pensó Lorenzana, molesto por la actitud del subprocurador.

—¡Oye, Pepe! ¿Por qué no vienes a la procuraduría y le haces saber tú petición a Lorenzo? ¡Anímate!, de mí queda que te reciba —sin medir las consecuencias, Villalobos emitió de la nada aquella propuesta ofensiva.

—Te lo agradezco, Nicolás, pero en este caso tú eres el bueno y la doña sabe que dependemos de tu gracia —contestó el abogado, haciendo a un lado la grave situación que vivía.

Al sentirse acorralado, el subprocurador guardó silencio y le dio un trago al vaso de agua que reposaba en su pretencioso escritorio. Él, como todos los mandos policíacos, sabía que más de un procurador, gobernador, líder político o sindical, habían sido asesinados al negarse a realizar este tipo de favores y no pensaba engrosar la lista.

—Dame un par de horas y te aviso si logré convencer a mi jefe o nos chingamos. Sólo entiende que estás pidiendo algo muy difícil de conseguir, Pepe —contestó Villalobos, quien mostraba ahora un tono de voz diferente.

IV

MEDITANDO LA LLAMADA HECHA, Lorenzana se detuvo un momento en la entrada del restaurante y miró el hermoso lago que se reflejaba en sus ojos grises. Sin pensar en otra cosa, admiró las elegantes y majestuosas garzas que nadaban cerca de la orilla; escuchó los pomposos y distraídos prados verdes que se dejaban consentir por la brisa del viento. Observó que, al final de su recorrido, su mano ya no temblaba y su ojo había dejado de latir.

Sereno, fue que el abogado penetró en el somnífero restaurante, al mismo tiempo que iba analizando los posibles escenarios con los que se podía encontrar. Estaba consciente que la entrega del cuerpo de Amado, que el día anterior había hecho a la PGR, lo colocaba en una situación de desventaja y no pretendía regalar más terreno. Ingresando al lobby en cortos pasos, miró el hermoso candelabro ubicado en el centro y la enigmática alfombra persa deslizando la luz por su ríspida textura; y sin proponérselo recordó la docena de veces que había pasado debajo de aquella araña de luces, acompañado de Amado y algunos buenos amigos.

Teniendo los labios de Jennifer estampados en su mejilla, Lorenzana regresó su pensamiento al salón y sintió el glúteo de su ex amante recargado en su mano. Sin dejar pasar la oportunidad, acarició la falda de la *hostess*, mientras le besaba suavemente el cuello; de pronto, en medio de aquellas caricias y besos que ciegan, el pantalón empezó a vibrar.

—¿Dime, Sara? —preguntó el abogado, a segundos de haber colocado a Jennifer a un metro de distancia.

—Ya depositaron los de grupo Gigante.

—¿Cuánto depositaron?

—Cinco millones de dólares.

—Ok —animado por la noticia, el abogado continuó su marcha a través del restaurante y se ajustó la corbata.

Susurrando por el pasillo que conduce a los privados, observó a la distancia que un hombre alto, moreno y de bigote abultado, se levantaba de la mesa y se dirigía a su encuentro. Estando a tan sólo un par de metros, sus ojos se cruzaron y ambos supieron que la reunión había comenzado.

—¿Qué hay, compa?, ¿ya estuvo lo de mi hermano? —preguntó Rodolfo Carrillo al encarar a Lorenzana.

—Hay que esperar.

—¿Esperar?, ¿esperar ni que la verga, cabrón! ¿Para eso te pagamos tanto dinero, puto?, ¿pa' que me salgas con esa pendejada? —aulló el hermano del capo al sujetarlo de la solapa.

Para fortuna de ambos, una voz proveniente de la mesa le ordenó al menor de los Carillo tomar su lugar: era doña Aurora quien vistiendo un traje negro, mascada roja, blusa blanca y sencillas joyas, le solicitaba a su hijo tomar asiento a su lado.

—¿Qué te han dicho sobre mi hijo, Pepe?

—Nada bueno hasta ahora, dependemos directamente de Lorenzo García quien, por cierto, en este momento analiza junto con el secretario de gobernación el costo político que representa para el gobierno la entrega del cuerpo de Amado a escasas horas de su muerte. Al escuchar la desco-